

# Históricas Digital



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

“Introducción”

p. 7-10

Víctor Rico González

*Historiadores mexicanos del siglo XVIII. Estudios historiográficos sobre Clavijero, Veytia, Cavo y Alegre*

Rafael García Granados (prólogo)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Historia

1949

224 p.

(Primera Serie 12)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de junio de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/012/historiadores\\_mexicanos.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/012/historiadores_mexicanos.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## INTRODUCCION

Nunca como ahora había percibido el hombre su esencial temporalidad; nunca la vida humana toda, había estado teñida de esa preocupación por el tiempo —en todos sus aspectos— que manifiesta en nuestros días. Una ojeada en derredor basta para mostrarnos este hecho: en la físico-matemática aparece el espacio de cuatro dimensiones —el ya popularísimo continuo espacio-tiempo—, y no al modo del siglo pasado, esto es, como mera especulación matemática, sino como explicativo de la estructura del universo; en el arte, la representación simultánea de un solo objeto en diversas posiciones —que aparece en la pintura como importante conquista de los contemporáneos—, muestra bien a las claras la conciencia de la temporalidad; en poesía se manifiesta de muy diversas maneras: basten, a guisa de ejemplo, estas palabras de Antonio Machado: “La poesía es el diálogo del hombre, de un hombre con su tiempo”.

Sin embargo, esto por sí solo nos dice bien poco, porque no es privativo de nuestra época. En efecto, durante el apogeo del cristianismo en la cultura de Occidente, se habló mucho, muchísimo, de lo temporal. Temporales eran las riquezas, las jerarquías, los honores... y tantas otras cosas que, por lo mismo, se consideraban secundarias, y, rigurosamente hablando, eran despreciables:

Pues si vemos lo presente  
como en un punto se es ido  
y acabado,  
si juzgamos sabiamente  
daremos lo no venido  
por pasado.

No se engañe nadie, no,  
pensando que ha de durar  
lo que espera  
más que duró lo que vió.

pues que todo ha de pasar  
por tal manera <sup>1</sup>.

El poeta —aguda conciencia siempre— hace la más rotunda afirmación de la evanescencia de este mundo. Porque hay otro eterno donde

son iguales  
los que viven por sus manos  
y los ricos.

Todo cambia, todo se va, se pierde irremisiblemente en este mundo, excepto la virtud

porque, según nuestra fe,  
es para ganar aquel  
que atendemos.

Así lo dice el poeta:

Este mundo es el camino  
para el otro, que es morada  
sin pesar;  
mas cumple tener buen tino  
para andar esta jornada  
sin errar.

¿Qué diferencia puede haber, entonces, entre esa conciencia de lo temporal que se manifiesta en Jorge Manrique, y la de nuestros días? Una esencial, radicalísima, y es la siguiente: que para el cristiano todo es evanescente, salvo el hombre; y en nuestros días, es él lo más transitorio. El hombre de fe se sabía eterno, ya en el cielo, ya en el infierno; mientras que el contemporáneo tiene conciencia de su limitación.

Pero aún hay más: ha llegado a la conclusión de que el tiempo es esencial al hombre, de que uno de los rasgos más acusados de lo humano, es la temporalidad. Antes, lo percedero era lo adventicio, lo inesencial; o, en otros términos, el tiempo era trascendente a la esencia del hombre; ahora, por el contrario, la temporalidad es immanente al hombre.

Ahora bien, tiempo humano es acontecer humano, o, en otros términos, historia. Consecuentemente, una de las máximas preocupaciones de nuestra época —acaso la capital— es la historia; pero no en el sentido tradicional —ese ya no nos sirve—, sino en el nuestro, el que, en muchos aspectos

---

<sup>1</sup> Jorge Manrique.—*Coplas* a la muerte de su padre.

tos, está por hacer. En efecto, generalmente hablando, se consideraba antes a la historia como el relato verdadero de lo que habían hecho los hombres que precedían en el tiempo a los historiadores; pero el hombre mismo no era histórico, puesto que su esencia era intemporal. Lo característico de la concepción actual es que considera al hombre como ente histórico; es más, como el ente histórico fundamental, puesto que todo el resto del material de la historia es hacer humano.

Mientras se creyó en la intemporalidad esencial del hombre <sup>2</sup>, el concepto de la historia habrá podido cambiar todo lo que se quiera, pero nunca de un modo radical. Las ciencias naturales no se modificaron esencialmente, en sus mismas raíces, hasta que se buscaron principios de explicación del universo, inmanentes al universo mismo. De parecida manera se puede afirmar sin temor de equivocarse, que nos encontramos ante la más grande revolución que ha sufrido la ciencia histórica hasta la fecha. A Galileo y a Newton no les sirvió la física de Aristóteles, y, del mismo modo, a nosotros no puede servirnos la historia tradicional. De donde se infiere la necesidad perentoria de crear la ciencia histórica fundada en los nuevos principios.

Este es el hecho en bruto; pero se ve bien claro que sería una puerilidad tratar de resolver un problema tan toscamente planteado. Desde luego es necesaria una revolución, pero con un planteamiento tan ingenuo, sólo se les ocurriría hacerla a los anarquistas románticos. Porque la ciencia jamás procede tan superficialmente, so pena de error seguro.

La primera etapa de nuestro trabajo consistirá, pues, en conocer lo más rigurosamente posible la historia tradicional en sus aspectos más importantes, es decir: determinar en qué principios se apoya y cuál es su método. Estos resultados nos los dará la historiografía, que es historia de la historia. Tal es el plan que me he propuesto en este libro. Y conviene explicarlo, porque la historiografía no se concibe de una sola manera entre los estudiosos. Hay quienes ven en ella el instrumento para decidir el grado de verdad que alcanzan los distintos historiadores, propósito muy loable y de indiscutible importancia. Pero yo he pretendido, sobre todo, determinar, según ya he dicho, los supuestos y el método de la historia tradicional. La verdad es, o suele ser, uno de esos supuestos; pero lo que más importa es cómo concibe la verdad un determinado historiador, por qué la busca, en qué forma —es decir con qué método—, cómo la expone, etc., etc. No se extrañe, pues, el lector de no ver aquí muchos de esos análisis sobre las

---

Aquí incluyo también a los “ateos” estilo Voltaire, para quien la *raison universel* era una especie de divinidad fuera del tiempo.



fuentes usadas para cada obra, los cuales análisis suelen abundar en estudios de este tipo. Yo sólo los hago cuando los considero significativos, esto es, cuando el hecho de que un autor dado elija la fuente A y no la B, revela alguna idea suya acerca de la historia; por el contrario, no me interesa examinar esa elección cuando obedece meramente a razones eruditas. Generalmente, la creencia de un historiador en el sentido de que determinado documento es apócrifo, nos dice muy poco de sus ideas históricas: a lo sumo que acertó o que se equivocó. Por eso no concedo a esos análisis eruditos la importancia que —ignoro por qué motivo— se les suele atribuir.

Finalmente, advierto al lector que he seleccionado entre los historiadores mexicanos del siglo XVIII, aquellos que me han parecido representar posiciones más típicas, y, por lo mismo, más ilustrativas para mi objeto.